

IGLESIA EN PENUMBRA

En la iglesia entré un día,
y todo era penumbra y oscuridad,
tan sólo una luz había,
al fondo de su Mayor Altar.
Se hallaba vacía,
en silente tranquilidad,
era escasa la luz que tenía,
pero esto no me llegó a importar.

Un rincón apartado,
escogí para arrodillarme,
y con los ojos semicerrados,
entoné la salve,
de súbito a mi lado,
alguien pareció sentarse,
mis manos la buscaron,
pero nadie, no había nadie.

Aunque tenía la sensación,
de no hallarme solo,
sería una ilusión,
pero algo rozó mi codo,
abrí los ojos con temor,
y entonces contemplé su rostro,
¡vi a Resignación
y sus llorosos ojos!

Vacía estaba la hornacina,
¡claro, Ella estaba junto a mí!,
¡ay, Madre bendita,
qué está pasando aquí!
Me levanté deprisa,
como queriéndome ir,
y nadie se imagina,
lo que entonces sentí.

Su cara estaba mojada,
y los labios temblorosos,
comprobé que lloraba,
con un llanto silencioso,
mis manos crispadas,
quisieron tocar su rostro,
pero cuando ya lo tocaba,
sentí un dolor muy hondo.

Porque cuenta me di,
que lloraba por nosotros,
y me quise morir,
al mirar labios tan rojos,
no supe qué decir,
notaba un gran sofoco,
cuando escuché u oí,
su suspiro lastimoso.

Un sudor frío,
bañaba mi cuerpo,
como si tumultuoso río,
recorriera mi pecho.
Pensé: ¡si esto no es desvarío,
es que estoy muerto,
pobre corazón mío,
ay Madre cuánto siento!

Mis muchos pecados,
mi perpetua maldad,
y el haber abandonado,
la senda de la verdad,
y soltarme de tu mano,
cuando me ayudabas a caminar,
hacia tu Hijo amado,
que nos viniste a engendrar.

Su mano extendió,
para coger la mía,
eso me pareció,
como también que sufría,
escuché su voz,
escuché que gemía,
cuando su vista llevó,
hasta el Hijo que descendían.

De pronto desperté,
todo lo había soñado,
dormido me quedé,
sin que lo hubiera notado;
hasta la hornacina me acerqué,
y sus ojos me miraron,
al menos lo pensé,
de tanto emocionado.

La observé fijamente,
porque note algo extraño,
o tenía yo fiebre,

o la Virgen me estaba llamando;
de rodillas me postré,
¡no, no había soñado!,
y anonadado me quedé,
con los ojos en llanto arrasados.

El tiempo se paró,
y mi corazón también,
mirando a Resignación,
lentamente me alejé.
A solas en mi habitación,
su estampa observé,
¿estaba loco yo
o iba a enloquecer?.

Antonio Rodríguez Mateo